

## Rostros de la Revolución Mexicana en el Papaloapan veracruzano\*

---

Don Gustavo Vergara Ruiz es un pródigo escritor que se ha dado a la tarea de rescatar lo sustantivo de la memoria histórica de los pueblos asentados en el Sotavento veracruzano y en esta ocasión nos obsequia el libro *Rostros de la Revolución Mexicana en el Papaloapan veracruzano*, bellamente editado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, la Comisión Conmemorativa del Bicentenario y Centenario de la Independencia y Revolución del Estado de Veracruz y el Instituto Veracruzano de Cultura.

El texto que tenemos entre las manos fue estructurado bajo la mirada de la historia regional y local, y en él podemos encontrar diferentes historias o rostros —como Vergara Ruiz las denomina—, que de un modo u otro, a la manera de Luis González y González, el autor va vinculando con la historia nacional durante la etapa que conocemos como Revolución mexicana.

Se trata de una obra escrita por un miembro de la comunidad, quien, sin abandonar los estrictos parámetros de la indagación académica, que exigen

lógica y disciplina, nos entrega una investigación que, por fin, sitúa a las particularidades de una región en el ámbito general del conocimiento histórico de este proceso.

A lo largo del documento, concebido en el ambiente bullicioso y conmemorativo del centenario de la Revolución Mexicana, atisbamos al menos tres inquietudes:

La primera tiene que ver con la necesidad que existe en la sociedad actual de recordar y repensar los sucesos de un periodo clave de la historia de México, desde sus propios espacios como son la región, la localidad y la comunidad.

La segunda se refiere a la tarea del quehacer histórico de aportar nuevas interpretaciones y periodizaciones sobre el proceso revolucionario, utilizando para el caso las fuentes documentales, hemerográficas y orales de primera mano, que dejaron los protagonistas de las historias que el autor ha organizado y reconstruido para escribir este texto. Las narraciones presentadas en el libro en ocasiones confluyen dentro de un contexto de “normalidad” y a veces se contraponen, sin embargo, ambas permanecen en la memoria colectiva y proporcionan un marco para el diario vivir. Bajo estas circuns-

\* Gustavo Vergara Ruiz, *Rostros de la Revolución Mexicana en el Papaloapan veracruzano*, Conaculta/Comisión Conmemorativa del Bicentenario y Centenario de la Independencia y Revolución del Estado de Veracruz/IVEC, Veracruz, 2010, 128 pp.

tancias, todos los personajes históricos resultan protagónicos: ninguno es “una marioneta tirada por las cuerdas de la pasividad”.<sup>1</sup> A lo largo del texto, las recurrentes evocaciones al añoso Papaloapan nos permiten asomarnos a un universo muy cercano al nuestro, en donde las preocupaciones, el trabajo, la alegría, el amor, la enfermedad y la muerte también son constantes y, por momentos, nos colocan en paralelo con aquel pasado.

La tercera, en fin, es el reto que tienen los centros académicos de acercar los resultados de investigación histórica a la colectividad y contribuir en mucho a la preservación de la memoria tangible e intangible.

En el trabajo, Vergara Ruiz ha dedicado buenas horas de su vida y trayectoria profesional para entregarnos el resultado que ahora compartimos con los habitantes del Papaloapan veracruzano con la esperanza de que lo lean y lo hagan suyo, tanto de manera individual, como en los espacios de la escuela, la familia y las organizaciones locales, y de esa manera comprendan mejor las diferentes aristas revolucionarias en las que seguramente todos se reconocerán para repensar colectivamente el presente y el futuro.

Algunos vecinos, en absoluta coincidencia con Philippe Joutard, afir-

man que en los viejos caseríos de la cuenca se encierran “esas voces que nos llegan del pasado”, recuerdos de niñeces tristes y en condiciones duras; otros evocan infancias robadas, asediadas por la penuria y la escasez de trabajo como un fenómeno habitual. En aquel entonces el tiempo se diluía como arena entre las manos, como chubasco en una tierra seca que pasaba pronto, y la cotidianidad se reducía entonces a los ciclos repetidos de nacer, crecer, casarse, tener hijos, envejecer y morir.

El manuscrito está estructurado en tres capítulos y éstos a su vez en 16 apartados, a través de los cuales el autor nos acerca de manera creativa y meticulosa a las historias que se desarrollaron en diferentes espacios del Papaloapan veracruzano.

En la primera parte nos enteramos cuál era la situación del Papaloapan antes de que estallara la movilización revolucionaria, en temas que se refieren al espacio geográfico, la economía, el comportamiento de la población, la división político-administrativa y los nombres de los diferentes municipios en que se dividía el Papaloapan veracruzano como villas, pueblos, congregaciones, rancharías y haciendas.

Podemos ver cómo y por qué Tlacotalpan, Cosamaloapan y Alvarado eran los ejes de desarrollo de esta región. El papel que desempeñaban las haciendas en la economía, cuyos productos más representativos eran el ago-

dón, la caña, la ganadería, la madera, el hule y los árboles frutales. Los medios de transporte por los que se trasladaban la población y los productos comerciales, inevitablemente nos hacen evocar al notable cronista cuenqueño Humberto Aguirre Tinoco: “Las canoas para el tráfico ribereño de Tlacotalpan eran amplias, de vara y remo y vela de brín. Mucha mercancía acarrearaban en ellas para las rancharías y de allá, traían de regreso, pues subían y bajaban por los ríos San Juan Michapa, San Nicolás, Alonso Lázaro, Tenejapa y el Santuario, entre otros afluentes. Llevaban géneros por varas, tractolina, azúcar, cigarros y pan. Traían semillas, plátano, aguardiente, calabazas, totoles, faisanes y guineítas, mucha fruta, calabaza, yuca, camote. Llegaban las canoas al paso del Cabezo y comenzaban a vender y a dar los encargos. En ese sitio, la gente las esperaba como si fueran a una romería, pues traían miel muy buena, piloncillo, quesos, así como tortugas y galápagos, armadillos, carne de venado salada, además de iguanas, iguanas e iguanas”.<sup>2</sup>

El segundo capítulo está dedicado al complejo periodo de 1911 a 1918, en el que podemos encontrar tres historias del estallido y desarrollo de la Revolución: el maderismo, el huertismo y el carrancismo, con las acciones correspondientes de las facciones revo-

lucionarias y, sobre todo, de los grupos de poder que vieron amenazados sus privilegios en el bajo Papaloapan.

En la etapa maderista, por ejemplo, el autor llama la atención sobre las características de las fuerzas revolucionarias de Juan Sánchez, José de Santa Cruz y Darío González, personajes que dirigieron los primeros alzamientos, así como de las huestes de la oligarquía regional, integrada por los añejos terratenientes y comerciantes de origen nacional y extranjero, que trataron de repeler la avalancha del cambio, primero, a través de su portavoz *El Correo del Sotavento* y, después, por medio de las armas con el fin de negociar el nuevo esquema de gobierno emanado de la Revolución.

Enseguida, Vergara Ruiz nos refiere una serie de problemas que se desarrollaron por la elección de nuevas autoridades en los municipios de Tesechoacán, Cosamaloapan, Acula, Amatlán (hoy Amatitlán), Playa Vicente, Otatitlán y Chacaltianguis, acontecimientos que pusieron en entredicho la apuesta electoral de Madero, porque los antiguos porfiristas trataron de conservar los espacios de poder que tuvieron desde las últimas décadas del siglo XIX en las corporaciones municipales de Cosamaloapan, la cabecera cantonal, y los municipios donde tenían sus propiedades.

Además, encontramos un apartado que se refiere específicamente a la propiedad de la tierra, en el que se

<sup>1</sup> Agnes Heller, *The time is out of joint: Shakespeare as philosopher of history*, Blackwell Publishers, Cambridge MA, 2000, p. 69.

<sup>2</sup> Humberto Aguirre Tinoco, *Tenoya: crónica de la revolución en Tlacotalpan*, col. Rescate, núm. 27, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1988, p. 9.

confirma que dentro de los problemas electorales que preocupaban a los latifundistas, subyacía un trasfondo económico. También encontramos los relatos de los indígenas que habían sido despojados de su patrimonio territorial y que en esas circunstancias se adhirieron a la causa revolucionaria, porque de sobra era notorio que la estructura porfirista había favorecido, en todos los sentidos, la concentración de la tierra entre un reducido número de privilegiados, sobre todo propietarios españoles, franceses e italianos.

En otro apartado, el autor nos presenta una lista de los grupos de rebeldes que se multiplicaron en el Papaloapan como supuestos “orozquistas”, “zapatistas” y “villistas”, a veces sin serlo, pues entre ellos se ocultaban individuos que armaron y patrocinaron hacendados y comerciantes para proteger sus intereses y posesiones.

En el tercer capítulo, Vergara Ruiz aporta una serie de elementos contundentes, que permiten concluir, entre otras cosas, que si bien a finales del siglo XIX tenía lugar en la región un importante crecimiento económico con ingenios que tipificaban una boyante industria moderna, también existía la desigualdad en materia social y agraria. Como señala el autor, las condiciones de trabajo de los obreros en los ingenios cañeros eran de completo sometimiento, ya que habían sido enganchados bajo contratos que poseían disposiciones abusivas.

Bajo este panorama y desde la mentalidad de los trabajadores del campo de la cuenca del río Papaloapan, a partir de la Revolución la vida ya no fue la misma. El movimiento les trajo muchas complicaciones; por ejemplo, su supervivencia se tornó difícil, sobre todo cuando se formaron los ejidos: entonces se desarrollaron nuevos enfrentamientos y el pistolero se apoderó de toda la zona; emboscadas, persecuciones, asaltos y asesinatos asolaron las tierras ribereñas y mantuvieron a raya a sus habitantes durante un largo periodo. La mayoría de las historias de vida de los campesinos y jornaleros constituyen crónicas de despojo y hasta los peones que habían fincado sus anhelos al interior de los muros de las propiedades de los hacendados, son removidos y arrojados sin garantías ni reparación de daños.

Luego de leer el libro, se puede aseverar que el miedo se quedó a vivir entre los pobladores de la cuenca; el *miedo* es un componente mayor de la experiencia humana, a pesar de los esfuerzos hechos para superarlo y separarlo: “Porque el miedo acompaña al hombre durante su existencia, la necesidad de seguridad es fundamental, está en la base de la afectividad y de la moral humana. La inseguridad es símbolo de muerte y la seguridad símbolo de vida”.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Jean Delumeau, *El miedo en Occidente*, Taurus, Madrid, 2002, p. 21.

Los aportes de Vergara Ruiz nos permiten comprender mejor por qué la Revolución encontró seguidores en el Papaloapan y las acciones que tomó el gobierno constitucionalista del estado ante las estrategias tramposas, violentas y manipuladoras de los terratenientes y propietarios de los ingenios, de los jefes militares e incluso del gobierno federal, para desarticular las estructuras del antiguo control regional.

La lectura del libro nos permite, de alguna manera, ser testigos de la desaparición de caciquismos, jefaturas políticas y terratenientes, lo que fue minando poco a poco el poder de la oligarquía regional. Pero también, en un sentido contrastante, de los cambios que trajo la Revolución al estado de Veracruz, tales como la creación de juntas de administración civil y de nuevos ayuntamientos; la restitución, dotación y ampliación de ejidos (los casos que presenta el autor desde 1915 son: El Mesón, Cosamaloapan, Tesechoacán, Tuxtilla, Tlacojalpan, Chacaltianguis, Ixmatalhuacan y Otatitlán); la declaración de nuevas congregaciones, y la consolidación de las organizaciones obreras. Todo ello representó el tiro de gracia para el viejo régimen que se negaba a desaparecer.

Mención especial otorgó Vergara Ruiz a los municipios que se conformaron como resultado de la Revolución: Tierra Blanca, en 1915,

por haber sido base de las operaciones militares de los constitucionalistas, por la concentración de habitantes que promovió Cándido Aguilar y por la habilidad con la que se condujeron los lugareños para proponer el cambio de la congregación a municipio. Sebastián Lerdo de Tejada, en 1923, por las actividades productivas en torno de El Naranjal, y Ángel R. Cabada, en 1931, como parte de la lucha agraria y de otra larga lucha de disputa contra terratenientes que se opusieron al reparto agrario.

El sindicalismo de inicios de la década de 1920 como resultado de la Revolución, la rebelión delahuertista y la resistencia al reparto agrario son los temas con los que finaliza el autor. En los dos últimos temas, Vergara Ruiz analiza las visiones que tenían sobre el problema agrario Álvaro Obregón, presidente de la república, y Adalberto Tejeda, gobernador de la entidad.

Sólo nos queda señalar que ante todas estas historias de participación de los pobladores del Papaloapan en el periodo revolucionario y el esfuerzo por vincularlas al proceso más amplio de la historia de la Revolución mexicana, el autor fue muy modesto en sus conclusiones.

*Cecilia Sánchez Martínez  
y Abel Juárez Martínez*  
Instituto de Investigaciones  
Histórico-Sociales,  
Universidad Veracruzana